

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

Por
BALTASAR
PORCEL

Martes, 17

● Más que cristales

Recuerdo Haifa, bañada de sol, con las altas chimeneas de la refinera petrolífera, de la fundición de acero, al pie del Monte Carmelo, esplendorosamente verde, donde el profeta Elías predicó con frenesí contra Baal, gran dios cananeo y señor de todas las atmósferas. Elías, al que un carro de fuego arrebató a los cielos..., estos cielos que acaba de atravesar un Mig-21 sirio, provocando una estruendosa rotura de cristales y desapareciendo en seguida hacia Damasco, más allá de la cercana meseta de Golán.

¿Solamente cristales rotos? Aislado, el hecho es insignificante. Y comparado con los espectaculares y decisivos "raids" israelíes sobre El Cairo, la isla de Shadwan, el aeropuerto de Beirut, Amman, resultan irrisorios. Es, sin embargo, la operación árabe más importante desde la guerra de los Seis Días, mucho más que los continuos actos de terrorismo que desarrollan las guerrillas de Al-Fatah al sur de Tiberiades. Yigal Allon, vicepresidente judío, había declarado en el Knesset, una semana antes de la incursión israelí: "Israel ha montado uno de los mejores sistemas de defensa aérea de la Historia, que impedirá que aviones enemigos penetren en el espacio aéreo israelí." Y esta es la cuestión: en las reducidas distancias del Oriente Medio, cercados por cien millones de árabes, los dos millones y medio de israelíes sólo pueden subsistir—de no concertar la, por ahora imposible, paz—si su país es radicalmente invulnerable a la aviación enemiga. Y el Mig-21 ha comenzado a demostrar lo contrario...

Frente a Haifa, más allá de sus febriles muelles, del azul cobalto de las aguas del golfo, se levantan las doradas, rejas murallas de San Juan de Acre, la fabulosa ciudadela de los Cruzados, cuyas calles medievales y laberínticos pasadizos subterráneos me subyugaron por unos días, con su encanto silente y remoto. Acre, cabeza de puente de la dislocada e inútil empresa de constituir el reino cruzado y cristiano de Jerusalén en medio de naciones musulmanas...

Miércoles, 18

● "El Knack"

Vi "El Knack". Es curioso que la pieza de Ann Jellicoe sea la única obra teatral en catalán representada en Barcelona. Porque ¿qué tiene que ver con nuestra tradición reciente y con

la realidad actual de la escena autóctona esa ágil comedia que con divertidísima picardía se incrusta con deliciosa naturalidad en la vida sexual de la juventud? Yo diría que nada, o casi. Según las empresas comerciales—"El Knack" lleva dos meses en cartel—, el único teatro catalán que funcionó normalmente en el ayer inmediato fue el de Sagarra, cuyo barroquismo verbal escondía tópicos al uso, y es hoy el del actor Capri, que desarrolla su aguda comicidad a partir de textos íntimos. Triunfos como el de "Ronda de mort a Sinera", de Espriu, fueron una excepción. ¿Lo será también "El Knack"? ¿O revela que si nuestra escena encarna la sensibilidad del momento para un público nuevo existen francas posibilidades de recuperación, a la par que de arrinconamiento de viejos moldes?

Paralelamente a la agravación del teatro catalán, han aparecido hace pocos meses dos interesantes libros sobre el asunto: la monumental "Historia del Teatre Català", de Francesc Curet, rebosante de ilustración gráfica, de noticias y de nostálgico triunfalismo; luego, "Teatre català d'agitació política", de Xavier Fàbregas, interesante y lúcida exposición sobre el teatro político producido en Cataluña el último siglo y medio. Temo que con nuestra escena comience a ocurrir lo que con la arqueología: se escriben magníficos libros sobre ruinas que tuvieron un pasado esplendoroso.

"Déjate de teatro—me dice un amigo, a la salida del Windor—, lo que realmente nos falta, por incapacidad propia y a causa de presiones exteriores, es el cine. El cine"

Jueves, 19

● Una voz que murió

Con Bertrand Russell, ese anciano reseco, casi centenario, su

blanca pelambrea al viento e indeclinable hasta hoy su vigorosa energía, murió algo de todos nosotros. Para él, ni la aristocracia, ni el premio Nobel, ni la fama, tenían importancia frente a la lucha moral a favor de la felicidad del hombre: el encarcelamiento, las declaraciones, las marchas de protesta por las calles londinenses se convertían en las armas esgrimidas por Russell, inmensa y casi solitaria voz de la conciencia.

Releo su prólogo a la autobiografía: "Tres pasiones, simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insuperable piedad por el sufrimiento de la Humanidad. He buscado el amor, primero, porque comporta el éxtasis, un éxtasis tan grande que, a menudo, hubiera sacrificado el resto de mi existencia por unas horas de este gozo. Lo he buscado, después, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo de la vida... Con igual pasión he buscado el conocimiento. He deseado entender el corazón de los hombres; he deseado saber por qué brillan las estrellas. Y he tratado de aprehender el poder pitagórico en virtud del cual el número domina al flujo. El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo. Pero siempre la piedad me hacía volver a la tierra. Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos y carga odiosa para sus hijos, todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en una burla lo que debería ser la existencia humana."

Bertrand Russell venció la más corrosiva de las tentaciones: la orgullosa perversión de la gloria. Fue, exactamente, un hombre.

Viernes, 20

● Existen moros

1. En París se ha desencadenado una enconada campaña contra el erotismo, cuyos polos son el puritano Ejército de Salvación y el musical desenfreno de "Hair", el espectáculo "hippy" del teatro de la Porte-Saint-Martin. La Radio-Televisión Francesa, "Les Nouvelles Littéraires", Radio Europe núm. 1,

etcétera, han sido portavoces de la decencia depuradora. "Le Nouvel Observateur" ha objetado: "Es cierto que estos espectáculos eróticos no tienen nada que ver con la revolución sexual. Pero, ¿no hay también obscenidad en el tradicional teatro de "boulevard" y, más todavía, en el escándalo cotidiano de las casas donde viven los africanos en Irvy y los alrededores de París?" En Aubervilliers murieron, hace un mes, cinco obreros norteafricanos en una miserable vivienda. Protestaron manifestándose públicamente Jean-Paul Sartre—otro Russell, aunque de apariencia más áspera—, Maurice Clavel, Jean Genet, Marguerite Duras... Los dos últimos incluso fueron detenidos. Las emisoras y la Prensa que han apoyado el Ejército de Salvación apenas si se han ocupado de la miserable existencia de los moros.

2. En Dinamarca existen varios "colectivos familiares": "Kana", "Comuna O"... Un dirigente del primero ha explicado: "Como en nuestro país, avanzado en la civilización industrial, no existe el problema atómico—somos demasiado pequeños—, ni apenas ya el social, las inquietudes se vuelcan hacia la reforma de la vida familiar." En "Kana" son quince personas, de veinte a treinta años, las que viven juntas: ocho hombres y siete mujeres. "Nuestro principal problema interno—ha declarado el mismo danés—son los celos entre los miembros. El externo, tener una oficina de rigurosa selección para cribar todos aquellos que solicitan venir, en su mayor parte obsesos sexuales."

3. Theodor Adorno, el gran ensayista literario marxista, acaba de morir. Residió en Estados Unidos, en cuya Universidad de Columbia profesaba cátedra. Uno de sus temas era la predicación de una total liberación sexual, según los consejos de Wilhelm Reich, el autor de "La revolución sexual", libro de aire profético que explica que la salud psíquica y el compañero ideal sólo pueden encontrarse después de experiencias sin restricciones. Sobre la tarima de Adorno se presentaron varias estudiantes desnudas, exigiendo que el profesor pusiera en práctica los consejos que daba. Adorno, espantado, huyó. Se metió en cama y moría pocos días más tarde. Sus amigos niegan esta versión, sin añadir otra.

Sábado, 21

● Bandadas de palomas

Esta noche apenas duermo. Al amanecer, me dirijo al puerto. Flotan brumas sobre el agua, hay un gran silencio en el que vuelan, reposadas, las gaviotas. Paseo y crece un rosáceo vivaz, una coloración espléndida: es el sol, que se eleva. Despiertan ruidos: grúas, camiones, el pistoneo de los motores de embarcaciones, pítidos... Aparece un hombre, con una bolsa enorme: saca migajas de pan, arvejos, y los lanza lentamente al suelo. Poco a poco se acercan las palomas. Bandadas de palomas que van y vienen a su alrededor, comen. Yo pienso: "Quizá agarre un par y se las meta en la bolsa ese individuo." Al instante, comienzan a pasar grupos de trabajadores portuarios, docenas de grupos que se dirigen a la faena. De cada uno salen voces gritando: "¡Anda, que ya te meterás tú un palomo en la bolsa, tío listo!" Va repitiéndose el sonsonete, yo miro la mar sucia, el día naciente. Supongo que apenas existen pensamientos originales. O que, paradójicamente, la originalidad no debe residir en la espontaneidad. Me marcho. La ciudad despierta, bulle.

aquí y AHORA

Giro en la izquierda francesa

(COMENTARIO ESPAÑOL)

Importantes sectores del progresismo español, desde el confesionalismo posconciliar hasta una izquierda sedicentemente lucida, han recibido alborozados el manifiesto del partido radical francés, tras el que se perfila el liderazgo del señor Servan-Schreiber.

Si el entusiasmo fuera más allá del mimetismo papanesco—y esto ya es dudoso—sería digno de celebrarse, porque el citado manifiesto puede pasar por una lección de seriedad política y de nada necesita tanto España. En efecto, tres podrían ser los rasgos característicos del programa radical. En primer lugar, el abandono de todo dogmatismo. Aún reconociendo su autor la identidad de radicales y socialistas en cuanto a las metas, este importante documento abandona el análisis marxista de las contradicciones del capitalismo, inapelablemente refutado por la expansión económica sin precedentes a que ha llevado un capitalismo productivo. Es cierto que el manifiesto señala deficiencias graves y mucho más reales que la devaluación de los oprimidos, pero lo importante, especialmente desde España, es que la tiranía de las naciones abstractas ceda el paso ante los análisis concretos "aquí y ahora".

En segundo término, el neo-radicalismo abandona el recurso fácil a la demagogia. Sirva de ejemplo el replanteamiento del principio de igualdad de oportunidades mediante la propuesta de una escolarización infantil masiva desde los dos años de edad, en lugar de una proliferación de instituciones de enseñanza superior. Va sin comentarios que una renuncia a llamativos sustitutos de la verdadera democratización es algo que, en nuestro país, han de prender no sólo los gobernantes.

Por último, siguiendo en ello una vieja tradición familiar burguesa, el manifiesto comentado hace acto de fe en la racionalización de la vida social y económica y, más concretamente, en los técnicos como portadores de esta racionalidad. Baste señalar su sugerencia de que los medios de producción en una sociedad industrial se apan ponderantemente controlados por la dirección profesional, frente a la legitimidad hereditaria y la fórmula, tan difundida como extraña, del accionariado laboral.

En épocas como la actual, en la que el buen tono exige por doquier lanzar improperios contra una sociedad cuya opulencia (= desarrollo suficiente) hace posible el mismo impropio, la posición del radicalismo francés ofrece notorio interés. No se trata de desconocer la magna contradicción existente entre el ingente crecimiento económico y la penuria en sectores esenciales para la vida humana, desde el urbanismo a la degradación de la Naturaleza, desde la creciente neurotización a la inadaptación de ancianos y jóvenes; pero el nuevo humanismo que ha de poner remedio a estos defectos no puede surgir de simples "impugnaciones", sino de decisiones técnico-políticas que mantengan la opulencia a partir de la cual sólo el humanismo es posible.

Ante una izquierda tan lúcida que se opone a una derecha no menos competente y eficaz—en cosas tan importantes como la estabilidad económica, la defensa nacional o la expansión comercial, por ejemplo—, es preciso felicitar a Francia y envidiarla, puesto que la hueria inhabilidad es el rasgo dominante de nuestros días por no decir doscientas Españas.

Sólo queda por desear a la nueva generación de radicales que al tomar el relevo de los ideólogos, su bello manifiesto no se diluya en palabras por falta de hombres capaces de llevarlo a la práctica. El humanismo de hoy, como el de ayer, únicamente puede salir de bibliotecas y laboratorios y por experiencia negra sabemos que de la tecnocracia la apariencia es fácil de aprender. Si el dinamismo es simple inestabilidad espacial, el magnetismo no va más allá de la fotogenia y la competencia se queda en pura audacia, degenera irremediablemente en histrionismo, cursilería, pedantería... y gestión catastrófica.

¿Hierros o yerros?

Desde hace año y medio, un boom siderúrgico mundial casi sin precedentes, ha hecho elevarse los precios del acero hasta niveles que, desde el fondo de la depresión padecida por el mercado en 1966 y 1967, resultaban increíbles.

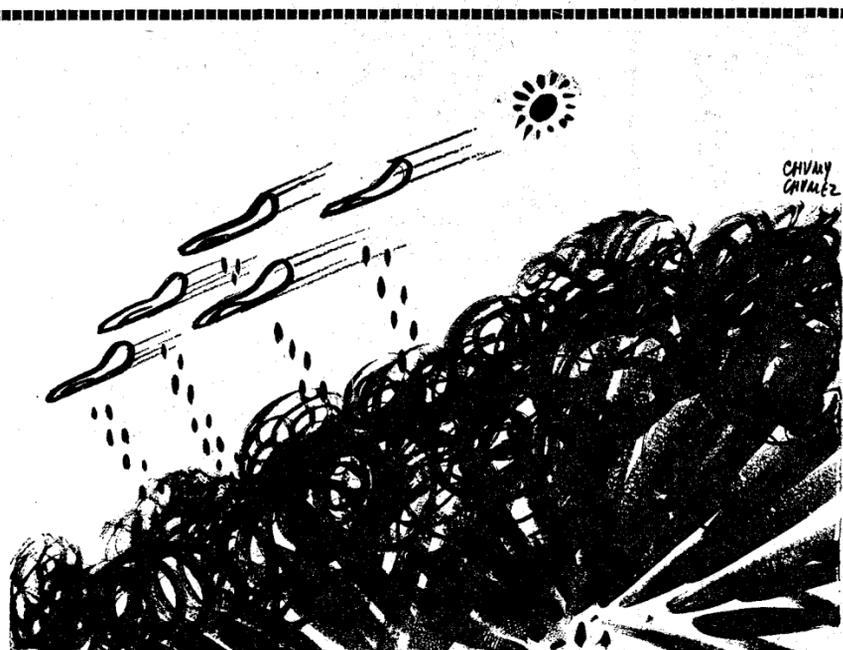
A pesar de esfuerzos más o menos atinados por expandir nuestra producción, España es aún deficitaria, y en gran medida de acero, debiendo recurrir a cuantiosas importaciones para cubrir este déficit. Nada más lógico, por ello, que, en una situación de escasez interna y externa como la existente a mediados de 1968, proceder rápidamente a desmontar las elevadas barreras arancelarias y "antidumping" que protegían la producción nacional. Con los precios exteriores más elevados que los nacionales—la misma industria ha manejado incansablemente este argumento para justificar sus demandas de elevación de precios—la protección se hacía innecesaria y así suprimirla se garantizaría un abastecimiento del mercado lo más fluido posible.

Pero nuestra siderurgia siempre ha mantenido excelentes relaciones con la Administración y padecido un temor patológico a la competencia exterior. Cuando lo sensato hubiera sido suspender temporalmente la aplicación de todo tipo de derechos a la importación de una amplia gama de productos siderúrgicos, lo que se hizo fue mantener intactas esas barreras. Incluso los derechos "antidumping" sobrevivieron demasiado tiempo, y, a su lado, se abrió el portillo de unos contingentes cuantitativamente limitados y, estos sí, exentos de derechos. Contingentes cuya cuantía debía determinarse—la Administración puede equivocarse—y que, además, habría que repartir—y aquí también es posible el error, sobre todo cuando los criterios de reparto están poderosamente influidos por la entidad que agrupa a los empresarios del sector—.

Que el sistema no ha funcionado a gusto de todos es algo tan evidente que el propio ministerio de Comercio se ha sentido obligado a publicar en la Prensa una nota al respecto.

Nuestra industria siderúrgica, la del futuro brillante y competitivo, la del autoabastecimiento es, en realidad, una industria insuficiente, cuyas Empresas son sostenidas por el dinero público de la acción concertada, de las subvenciones a su importación y, cuando ya ni eso es suficiente, han de ser rescatadas por el siempre dispuesto I. N. I. Es una industria que, contagiando a la Administración su propio temor a la competencia, consigue beneficios no despreciables. Una parte importantísima de las 1.320.000 toneladas de productos contingentes son semiproductos que van a abastecer a la propia siderurgia básica. Esta, no sólo garantiza así sus suministros, sino que se coloca en posición de ventaja frente a pequeños relaminadores y transformadores internos y, en muchos casos, frente a los consumidores finales.

"JUAN RUIZ"



—Ha dicho el jefe que para evitar habladurías procuremos no llamar la atención.